

Patricio Herrera (coord.), *El Comunismo en América Latina. Experiencias militantes, intelectuales y transnacionales (1917-1955)*, Valparaíso, Universidad de Valparaíso, 2017.

Jorge Navarro López¹

Hace tres años se celebró el centésimo aniversario de la Revolución Rusa. De suma importancia simbólica para la izquierda, dicha fecha también trajo un reavivamiento del interés académico por todo lo que se relacionara con el fenómeno que, como dijo Eric Hobsbawm, “inauguró” el siglo XX. El libro que reseño recoge una de esas iniciativas: el seminario internacional titulado “El comunismo y su impacto en América Latina y el Caribe: 1917-1948” celebrado en Santiago (2015). El resultado de esa reunión es esta publicación que reúne diecisiete trabajos que trazan la historia del comunismo latinoamericano durante casi medio siglo mediante diferentes abordajes y metodologías.

En primer lugar, me parece importante que libros publicados en Chile integren estudios sobre lo sucedido en el concierto latinoamericano. Los artículos de Edgar Caro sobre la compleja construcción del comunismo colombiano, de Alexandre Fortes sobre las sinuosas relaciones del PC brasileño y el movimiento obrero, y de Ana María Cofiño sobre el rol de las mujeres comunistas en el estrecho espacio público guatemalteco, aportan elementos para comprender este fenómeno a nivel continental, a la vez que permiten conocer a través del lente del comunismo y las izquierdas las particularidades de cada historia nacional. A estos se suma el ensayo de Patricio Gutiérrez sobre el pensamiento del heterodoxo marxista peruano José Carlos Mariátegui y la resignificación de su propuesta analítica tras el “descubrimiento” de Gramsci por los intelectuales latinoamericanos. Descubrimiento tardío y paradójico, dado el énfasis sobre la especificidad histórica de América Latina presente en el pensamiento teórico de Mariátegui.

En segundo lugar, y dado que nueve de los diecisiete trabajos tienen a Chile como marco espacial, es necesario insertar este libro en los estudios sobre el comunismo que la historiografía chilena ha realizado desde largo tiempo. Aunque a algunos les cueste creerlo, el comunismo o –más precisamente- el PCCh es un tema de estudio frecuentemente visitado por las/los historiadores. Como uno de los actores fundamentales de la historia chilena del siglo XX, este partido es quizás el más estudiado por la historiografía, título que le disputa actualmente el anarquismo y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Para algunos, interés desproporcionado, para otros, merecimiento histórico, lo cierto es que el comunismo –ya no meramente el Partido- es uno de los fenómenos más importantes en la configuración de la sociedad chilena contemporánea por lo menos hasta 1973 y, también, de la izquierda durante el siglo XX.

Retomando los trabajos que compila este libro, me gustaría destacar aquellos que mediante un enfoque cultural dan cuenta de aspectos hasta ahora poco tratados cuando se estudia historiográficamente el comunismo. Me refiero, por ejemplo, al interesante artículo de la historiadora brasileña Carine Dalmás

1 Doctor (c) en Historia, Universidad de Santiago de Chile, Becario CONICYT/PFCHA.

sobre la conformación a fines de la década del treinta de lo que ella denomina “frentismo cultural”, analizado a través del recorrido intelectual y político del novelista brasileño Jorge Amado y del poeta Pablo Neruda, el más mediático de los intelectuales comunistas chilenos. En este caso, la autora conecta las acciones de ambos escritores en función de un interés político y cultural, abriendo la pregunta sobre las relaciones entre los militantes y su desarrollo profesional, como también sobre el uso del espacio político para consolidar la influencia literaria y viceversa.

Relacionado igualmente al mundo de las letras, el trabajo de Sebastián Rivera se enfoca en las editoriales comunistas y los libros, folletos y pasquines que pusieron en circulación por el continente durante la década del treinta, destacando la intención estratégica que había detrás del auge de estas publicaciones, así como el propósito de construir una cultura común con la interpretación soviética del marxismo como faro civilizatorio. El relativo éxito comercial que alcanzaron en los tiempos del Frente Popular chileno nos recuerda y conecta con la experiencia cultural de la Editora Nacional Quimantú durante la Unidad Popular. Sería interesante adentrarse en este fenómeno “desde abajo”, es decir, encontrar alguna fórmula metodológica para conocer y analizar las lecturas que los militantes de base hicieron o no de aquellos textos, y también, qué efectos tuvo la cultura letrada entre la militancia comunistas del período.

Las redes intelectuales tanto como las políticas, es uno de los aspectos que los comunistas de los años treinta y cuarenta cultivaron con afán. Manuel Loyola nos recuerda una de esas iniciativas, la Asociación de Amigos de la Unión Soviética y sus intentos por posicionar a ese país en la esfera pública chilena, mediante conferencias, exposiciones fotográficas, carteleras de cine y concursos para visitar la “patria proletaria”. Todos estos esfuerzos exaltaban el carácter triunfal de la revolución de 1917, lo que entrega pistas para comprender la imagen positiva que alcanzó la URSS en las décadas posteriores.

En estos tres trabajos, el fenómeno comunista se enmarca en un plano cultural más amplio, el de las izquierdas, lo que nos ayuda a mirar el pasado –y también el presente– con menos escepticismo respecto a las alianzas y bloques políticos que este sector construyó a lo largo del siglo XX. Tal como plantea Barry Carr, en el ensayo que sirve como introducción a este libro, el comunismo debe ser estudiado como una de las partes constituyentes de la izquierda, es decir, de aquellos sujetos y grupos que adoptaron una posición de rebeldía, independientemente si esta actitud se encuadra o no en los márgenes teóricos clásicos.

Hasta aquí, la influencia cultural de la URSS aparece como relevante, pero no decisiva. Cuestión que es trabajada en el sugestivo ensayo de Gerardo Leibner sobre la dependencia ideológica y el eurocentrismo de los comunistas uruguayos en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Es sugerente su propuesta de dislocar la interpretación común de la relación entre las directrices políticas soviéticas y las realidades culturales locales, principalmente, en sociedades como la uruguaya con una fuerte impronta de inmigración europea. Analizado de esta manera, la adopción de las políticas y estrategias soviéticas no sólo fue un rasgo de subordinación y enajenación cultural, sino también un elemento subjetivo relevante en una sociedad de inmigrantes.

El impacto de la Revolución bolchevique es también el tema del ensayo de Santiago Aránguiz. De acuerdo a su planteamiento, este sería el hecho fundamental y formativo de la cultura política del comunismo chileno entre 1922 y 1927. Si bien es clara la influencia soviética en el PCCh, me parece que en este trabajo faltan elemen-

tos para considerar que la cultura política comunista se nutrió exclusivamente de la experiencia rusa. Respecto a este punto, habría que identificar más claramente cuáles son los elementos que surgen con la transformación del Partido Obrero Socialista a PCCh en 1922 y cuáles son los que perduraron desde 1912. Un hecho simbólico que entrega luces al respecto, es que el PCCh conservó durante varias décadas su fecha de fundación en 1912, modificada en la década del cincuenta y restituida a comienzos de la transición democrática de los noventa.

La influencia de la URSS en las prácticas políticas locales, son tratadas por los trabajos de Víctor Piemonte, Rolando Álvarez, Sergio Grez, Joaquín Fernández y Patricio Herrera. Piemonte da cuenta de la forma en que los comunistas argentinos resolvieron sus conflictos internos apelando a la legitimidad de la Komintern, lo que condujo a ese partido a convertirse de un partido nacional con orientación internacionalista a un partido orientado casi exclusivamente hacia afuera.

Siguiendo la línea trazada por Olga Ulianova, Rolando Álvarez analiza la bolchevización del PCCh, proceso interpretado aquí no como la adopción ciega del modelo organizativo e ideológico impuesto por la Komintern (como podría desprenderse de la hipótesis de Aránguiz), sino más bien como una posibilidad para fortalecer lo que él denomina “hechura militante”. Planteamiento que apuesta por disminuir el peso de la influencia internacional respecto a la historia del comunismo local.

El trabajo de Sergio Grez realiza un profundo recorrido por la elección presidencial de 1931, cuando se enfrentaron dos candidatos comunistas. En este caso, el conflictivo desarrollo del PCCh durante la dictadura de Ibáñez condujo al enfrentamiento de dos de sus dirigentes históricos: Elías Lafertte y Manuel Hidalgo. Como telón de fondo de este conflicto están las políticas del “tercer período” estalinista, pero también –y más relevante aún– dos formas de hacer política y dos liderazgos comunistas con representaciones diferentes. Este episodio nos conduce, de nuevo, a leer problemáticamente el grado de incidencia de la URSS en las políticas nacionales.

Por su parte, Joaquín Fernández realiza un acabado estudio sobre la reacción del PCCh frente a la dictadura militar que se instaló en Argentina entre 1943 y 1946. En este artículo, de cierta manera, Fernández retoma y amplía la propuesta de Leibner sobre el carácter subordinado de los comunistas, pues, centra su atención en la lectura eurocéntrica que realizó el PCCh influido por el antifascismo, interesante para un partido con un muy bajo porcentaje de militancia con ascendencia europea. Según Fernández, esta campaña permitió que los comunistas chilenos incorporaran a su imaginario político ideales como la democracia y la libertad, planteamiento que me parece un tanto osado, teniendo en cuenta que desde 1912 este partido se comprendió como el único “verdaderamente democrático” en el sistema político chileno y, además, que los comunistas de 1940 conocían en carne propia los efectos de la represión y de la ilegalización política.

El trabajo de Patricio Herrera sobre el actuar del dirigente mexicano Vicente Lombardo Toledano y su esfuerzo por crear una central obrera de representación continental, diversifica las interpretaciones respecto a la influencia de la URSS en latinoamericana, dado que se trata de una acción que no surgía desde los comunistas mexicanos. Una vez más, en este acontecimiento la tesis de la “colonización” soviética sobre el comunismo americano se pone a prueba. Aunque finalmente el PC mexicano terminó por aceptar las disposiciones soviéticas, no deja de ser interesante las resistencias que generaba Lombardo Toledano entre los comunistas y, también, su ascendiente en el movimiento obrero de ese país.

El libro integra, además, trabajos en que el comunismo no es el problema de investigación central, como el artículo de Juan Carlos Yáñez sobre el intento de la Organización Internacional del Trabajo por desarrollar un sindicalismo latinoamericano ajeno a las corrientes revolucionarias hegemónicas, fenómeno analizado a través de la óptica de su primer director, Albert Thomas, gracias al acceso que tuvo Yáñez a su archivo personal. Vemos aquí un interesante caso en donde las fuentes, insumo fundamental de la historiografía, determinan de cierta manera las preguntas de investigación.

Una apuesta similar se encuentra en el trabajo de la historiadora estadounidense Jody Pavilack sobre el viaje por Latinoamérica del vice-presidente de EE.UU. Henry A. Wallace, en la década del cuarenta. Es sumamente atrayente conocer la historia de un político estadounidense de alto rango que se autodenominaba “amigo del comunismo”, principalmente, porque nos sitúa en un tiempo olvidado y casi negado por la memoria imperialista, ese donde se vislumbró una posible cooperación entre capitalismo y comunismo. No obstante, habría sido interesante conocer esta historia en el marco de la investigación de Pavilack sobre el comunismo en las minas de carbón del sur chileno, publicada como libro en EE.UU. y hasta ahora sin traducción al castellano.

En suma, me gustaría destacar nuevamente el esfuerzo de reunir en una sola publicación estos trabajos. A mi juicio, y sin la intención de proclamar una especie de insularidad o nacionalismo historiográfico, me parece que todavía es necesario seguir indagando en los efectos que los comunistas –y no sólo el comunismo– produjeron al interior de cada una de las sociedades latinoamericanas. Porque me parece que el conocimiento a fondo de las raíces y de las condiciones particulares de los movimientos sociales y obreros todavía puede entregar claves para entender el fenómeno comunista global, como sucedió precisamente con la desarticulación historiográfica de la noción de subordinación absoluta a los mandatos de la URSS. De otra manera, está siempre el peligro de caer nuevamente en una historiografía donde la influencia europea y los sucesos ocurridos en el norte occidental dicten el ritmo y entreguen los modelos para comprender a nuestras sociedades.

Por último, me parece que volver una vez más sobre el comunismo no es, en este caso, un ejercicio redundante o una acción estrictamente política. Uno de los méritos de este libro radica, precisamente, en su intento por establecer novedosas entradas historiográficas a un fenómeno ya muy estudiado. Y también nos recuerda la necesidad de reactualizar las prácticas que antaño buscaban inclinar la balanza de la lucha de clases en favor del proletariado.